

LA NOCHE DEL SÁBADO

Por C. VIDAL LLÀSER

Cas Ramons estaba en lo alto de la colina. Para llegar a la casa se tenía que recorrer un largo y pedregoso camino, que en invierno estaba siempre hecho un barrizal, y atravesar luego un espeso bosque, cuyos árboles tenían en lo alto de sus copas enormes ramas negras que lo oscurecían casi por completo. Se llegaba por fin a un pequeño desmonte, al pie mismo del cerro, y por un atajo que cubría la hierba se podía ascender hasta el *porxo* del caserío. En invierno era aquel un lugar triste y desolado. El viento del norte se alargaba sobre las tierras, y los árboles vibraban en el aire, se abrían y cerraban las ventanas y las puertas de la casa, y llegaba como de otro mundo el vacilante sonido de las campanas de la iglesia, a veces también alguna bocanada de olor salado que traía el mar. Por las noches se oía sólo el ladrido lejano de los perros y todas esas voces extrañas y misteriosas nacidas de la soledad y el silencio.

En cas Ramons vivía el matrimonio con dos hijas. María era hermosa, sus ojos grandes y negros tenían la serenidad de los amaneceres tranquilos y la esperanza resignada del amor y de los sueños. Margarita, en cambio, era más bien feucha, atormentada, y tan pronto se reía con estridentes carcajadas, como lloraba amargamente y prorrumplía en lamentos desgarradores. Se decía de ella que tenía los demonios en el cuerpo y que era medio bruja, y los más exaltados habían hecho correr rumores de que, por las noches, montada en un macho cabrío, recorría las casas sembrando tempestades y transformaba a los hombres en animales. Y se decía también que todo esto le venía de unos amores contrariados, lo que había creado en su interior un odio terrible y sin piedad contra todos los hombres.

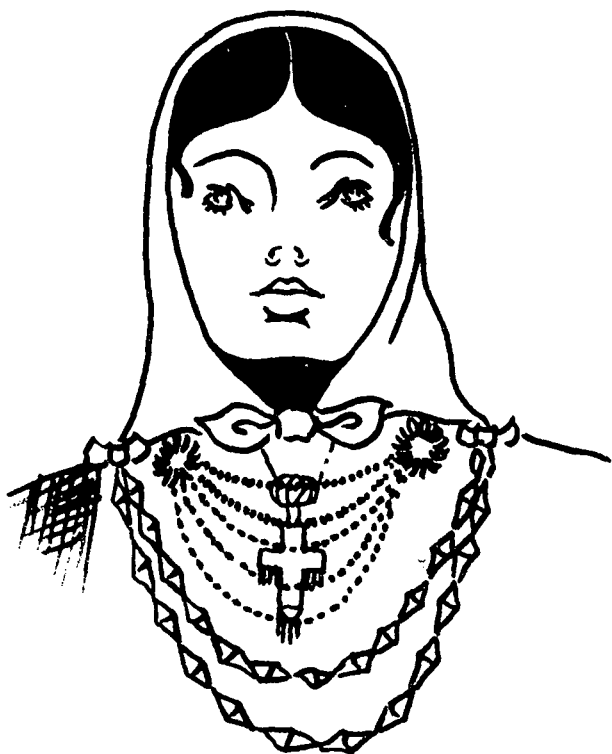
Las dos mujeres se hallaban ya en edad casadera. Pero el lugar solitario y triste en donde vivían, desde el que se adivinaban sólo las montañas y las hondonadas de la sierra, los caminos polvorientos o llenos de charcas, y se escuchaba a todas horas el exasperante ulular del viento, habían retraído la presencia de los jóvenes que por las

noches acudían a los cortejos. Por otra parte, las cosas que se contaban de Margarita, que habían corrido de boca en boca, impresionaban a todos, y los jóvenes preferían buscarse otras casas más alegres y en donde no existiera, por lo menos, la amenaza de cualquier hechizamiento.

Las dos mujeres no se movían nunca de la casa, y únicamente una vez, por Navidad, había ido toda la familia al pueblo, a la misa del gallo. La música del tambor, la flauta, las castañuelas y el *espasí* resonaba en la pequeña iglesia, mientras los *sonadors* avanzaban solemnes y graves hasta el altar mayor, haciendo una humilde reverencia, y se colocaban luego en el presbiterio, en el sitio ya reservado para ellos. Empezaba la misa, y al compás de la música se cantaban las *caramelles*, alternando dos *cantadors* a dúo y haciendo de vez en cuando un extraño quiebro en la voz: *¡Sant gotx prensipal, que és nat Fill de Déu!...*

Las dos mujeres se habían sentado en un rincón de la iglesia, inmóviles los ojos bajos de María y extraños y encendidos los de Margarita, y con las curiosas miradas sobre ella de casi todos los que asistían a la misa. De pronto unas velas que ardían en el altar se apagaron todas juntas y a la vez. Alguien fue a encenderlas y el hecho se repitió una vez más. Por tercera vez fueron encendidas y de nuevo apagadas de la misma forma. María seguía con los ojos bajos y tenía el rosario apretado contra su pecho, y Margarita jugaba con sus manos, frotándose las con fuerza y mirando descaradamente a todos los hombres. En aquellos momentos pudieron oír todos un extraño rumor de esquilas y voces lejanas e incomprensibles y ladridos de perros. Y las velas ya no volvieron a encenderse.

A la salida de la misa, dos jóvenes entraron en la taberna que había en la plaza del pueblo. Un quinqué de petróleo, colgado del techo, repartía más humo que luz. El local se había llenado y apenas se podía respirar. La curiosidad de todos estaba un poco excitada. Los dos hombres empezaron a beber y a charlar.



—A ver quien es el guapo que hoy se pasa de la raya —dijo Toni.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miquel.

—Acompañar a las dos hermanas hasta su casa.

—Bueno, después de todo, María vale la pena.

—Tienes razón, María es una buena mujer.

Toni y Miquel tenían sus casas vecinas y eran amigos de toda la vida. Su amistad era lo único que contaba para ellos y nunca nada ni nadie había podido estropearla. Reíanse los dos mientras hablaban. Algunas sombras se habían parado un momento en la plaza a contarse sus cosas.

—Pero tú no creerás en todas esas monsergas de embrujamientos, ¿no? —preguntó Toni.

—Verás, no sé qué decirte. Uno oye contar cosas que te excitan, que te ponen nervioso. A mí me sucede a veces. Acuérdate de Pedro de cas Vicari, aquella noche que había ido a cortejar, que de repente se puso a balar y estuvo toda la noche balando como una cabra.

—¡Tonterías! Sería, en efecto, una cabra la que lo hacía. ¿Por qué no puede balar una cabra toda la noche si le da por aquí?

Los dos hombres seguían bebiendo. Cuando menos se lo esperaba, Miquel retó a su amigo a ir a cortejar aquella noche a las dos hermanas.

—A pesar de todo, no vayas a creer que tengo miedo —dijo.

—Así me gusta. Eres un valiente.

Se animaron y salieron los dos a la calle en busca de las dos mujeres. La familia ya había emprendido la marcha hacia su casa y los alcanzaron poco después de la salida del pueblo. Algo parecía haberles ocurrido. Se hallaban todos sentados a un lado del camino y en silencio. Margarita no estaba entre ellos. Los dos jóvenes saludaron.

—Bona nit.

—Bona nit —contestaron todos.

—Es largo el camino, ¿no? —dijo Miquel.

—Sí es largo —asintió el padre.

María había quedado un poco apartada y no se atrevía a mirar a los hombres.

—Podríamos ir en compañía, si no os importa —dijo Miquel.

—No, no. *Pot més Déu que tots els dimonis de l'infern* —exclamó el viejo.

Miquel y Toni se miraron con recelo. Toni se acercó donde estaba María y empezó a hablar con ella. Miquel se había quedado parado y sin saber qué hacer ni qué decir. El viejo se dio cuenta y dijo que aquella era una noche mala.

—Sí, ya sé que es la noche de Navidad —dijo—. Pero también es la noche del sábado —añadió con cierta amargura.

—¿La noche del sábado? —se extrañó Miquel.

—Todas las noches del sábado ella se marcha. Tiene que ir a no sé qué reuniones —dice—. A menos que alguna razón muy poderosa se lo impida. Entonces no se marcha o vuelve en seguida. Hoy habrá llegado con retraso, seguro.

Miquel miró cauteloso a su alrededor. Aquella naturalidad del viejo le dejó asombrado. Toni seguía entusiasmado hablando con María y no se enteró de nada. María, con los ojos bajos, jugaba con su delantal y respondía con presteza a lo que le decía. La noche era fría y de vez en cuando llegaba alguna ráfaga de aire que estremecía las hojas de los árboles. De pronto se oyeron unas fuertes risas y carcajadas que rompieron el silencio de la noche y llenaron de terror a los dos jóvenes. Los dos viejos y María, en cambio, aparecían tranquilos y como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Ahora ya podemos irnos —dijo el viejo.

Empezaron a andar todos. Miquel seguía al lado de los viejos y sin decir nada. La pareja iba delante. Las risas y las carcajadas continuaban cada vez más cerca. A veces, a intervalos, eran unos llantos terribles los que se escuchaban. Los dos viejos, como si nada de aquello fuera con ellos, caminaban en silencio.

Llevaban ya algún tiempo andando. Miquel quería preguntar, quería saber, pero sentía que el frío se iba apoderando de sus piernas y ascendía por todo su cuerpo. Misteriosamente le perseguía ahora una voz que sólo él escuchaba y que poco a poco le iba envenenando el corazón. Limpió su frente con la mano y fustigó el aire. Empezó a sudar. Estaba nervioso y no podía ni hablar. A pesar de la oscuridad de la noche se dio cuenta de que Toni se volvía alguna vez hacia donde estaba él. Un perro flaco les salió al encuentro y se puso a ladrar. Los ladridos de los perros nunca le habían gustado, y los de éste eran extraños, como los lamentos desgarrados de una persona. La voz seguía hablándole y metiendo dentro de él la cizaña de la destrucción y el odio. Inesperadamente se encontró silbando de una manera conocida primero y luego lanzó al aire un grito terrible que parecía como un desafío a todo, a su amigo, a los



hombres, a los animales, a todos los espectros de la noche, a todas las tempestades. Después se adelantó hasta donde estaban Toni y María. Los dos hombres se miraron en silencio. Los ojos de Miquel expresaban el odio que sentía en aquellos instantes.

—Es hora ya de dejarme el puesto —le dijo a Toni.

—¿El puesto? —replicó Toni, echándose a reír—. Lo siento, amigo, pero ya es demasiado tarde. María y yo acabamos de prometernos.

La voz misteriosa entró ahora en los oídos de Miquel como un ramalazo de viento malo. Sus músculos estaban tensos bajo la ropa y su mano derecha aplastada contra el cuchillo.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Toni, alarmado—. Comprenderás que se trata de una broma —añadió después.

En aquel instante, Miquel empezó a moverse con el cuchillo en el aire. Toni se apresuró a defenderse. María se había separado y los dos viejos parecían dos estatuas negras proyectándose en la oscuridad de la noche.

—*¡Déu mos lliur d'una mala hora!* —exclamó el viejo—. *¡Jesús! ¿Qué és això?*

Los dos hombres empezaron a pelear. Toni dio un salto para esquivar el ataque y el cuchillo rozó su cuerpo. Toni daba vueltas sobre sí mismo, siguiendo la dirección de su adversario, pero estaba indefenso y se daba cuenta de que no podría resistir.

—¡Estás loco! ¿Por qué tenemos que pelear? —gritaba desesperadamente.

—Ella está aquí. Mira su cuerpo untado de

sangre, su boca vomitando sangre. ¿Te vas a desengañar ahora? —gritaba Miquel.

Sus cuerpos se movían, sus cabezas, sus pies y sus manos se agitaban en el aire como en una pesadilla. A veces se rompía el círculo y Miquel se aproximaba, obligando a Toni a retroceder con espanto. Volvía a oírse mientras el aullido del perro con furia. Debía ser el mismo perro el que a ratos se reían estruendosamente, agazapado quizá detrás de algún árbol, feroz, atento a los movimientos de los dos hombres. Apenas se podían ver las caras, los ojos llameantes, sus cuerpos revueltos por la lucha. De pronto, Miquel aprovechó un descuido de su adversario y estiró cuanto pudo el cuchillo. Con una angustia que nublaba sus ojos, Toni tocó con una de sus manos el hilo de sangre que salía del brazo. Fue entonces cuando Miquel dio un salto hacia atrás y se quedó inmóvil, como alucinado, murmurando palabras incomprensibles, como si despertara de una horrible pesadilla. Entonces arrojó con fuerza el cuchillo y se lanzó con los brazos abiertos hacia su amigo. Y estuvieron así abrazados largo rato, sin decirse ni una sola palabra.

Los dos viejos y María ya no estaban allí. Se había levantado la luna y espesas nubes negras corrían como monstruos por el cielo. Lejos, confundidamente, se oían todavía apagadas las risas y las carcajadas y los aullidos angustiosos del perro. La noche del sábado estaba dando sus últimas boqueadas. Pronto amanecería el día de Navidad.

—*Pot més Déu que tots els dimonis de l'infern* —repetía Miquel, mientras regresaban los dos amigos a sus casas.

C. VIDAL LLÀSER

(Ilustraciones de Salvador Petit).